



HISTORIA DEL PENSAMIENTO

EN LA MUERTE DE ERICH FROMM

GUILLERMO RENDUELES OLMEDO

Oviedo

El nacimiento Psicoanalítico



La llegada al psicoanálisis de E. Fromm va a venir marcada por un doble sino: la 1ª es su no relación directa con Freud en un tiempo y en una institución en la que la mayoría de los psicoanalistas habían recibido su iniciación del maestro vienés. La 2ª es su sólida formación anterior:

Fromm se inicia al análisis tras haber estudiado psicología clásica en Heidelberg, y con unas bases importantes en la clínica psiquiátrica orgánica tras haber asistido, en el hospital de Königsberg, a las investigaciones de Kurt Goldstein sobre enfermos que había sufrido traumatismos craneales en la primera guerra mundial y que es, en ese momento, el principal teórico de la psicología de la forma y un crítico importante de las teorías freudianas: «el concepto de Edipo carece de sentido pues se trata de un concepto del hombre adulto que no podrá ser formulado más que actualmente» «lo que aparece como inconsciente no es más que la entrada de una antigua forma de excitación del organismo en una reacción actual cuando la situación se presta, y por tanto no hay necesidad de evocar el inconsciente reprimido por defensas para dar cuenta de la irrupción en el comportamiento actual de fenómenos que nunca han sido conscientes».

Esta crítica tiene una especie de efecto rebote en Erich Fromm y en su primera mujer, Friedda Fromm Reichmann, que era a la sazón primer ayudante de Goldstein, llevándolos a abandonar toda actividad clínica clásica y dedicándose, entre 1920-1930, plenamente a la formación práctica psicoanalista, escogiendo para ello no

Viena, lugar de peregrinaje habitual de todos los psicoanalistas, sino Berlín.

El Instituto Psicoanalítico de Berlín era, en aquel tiempo, el primer lugar donde el psicoanálisis se enseñaba de una forma pautada mediante la práctica en una Policlínica Psicoanalítica y un Instituto Teórico donde se realizaba un análisis didáctico que serviría de modelo hasta nuestros días para la iniciación a la práctica psicoanalítica y, en este sentido, el grupo alemán se adelantó en más de 10 años al vienés, donde hasta 1928 no existió un instituto, y donde todo giraba en torno a Freud.

El Instituto berlinés había sido creado gracias al impulso teórico de K. Abraham y al dinero de Max Eitingon, médico ruso que se analizó con Freud durante paseos nocturnos por Viena, y de Anton Von Freund, acaudalado cervecero húngaro también paciente y amigo de Freud. El grupo inicial, junto a Abraham, esta constituido por Sach, F. Alexander y Sandor Rado, y la influencia metodológica de Abraham, gran clínico (había trabajado con Bleuler y Jung en la clínica Burghüzli de Zurich, sin duda la mejor de su época) poco dado a las especulaciones y para quien «el psicoanálisis aporta la prueba del reino de la causalidad en el dominio psíquico, anteriormente concebido como el campo de lo arbitrario», atrajo a personalidades como Glover, H. Deutsch, Klein y Reich, que tendrían como rasgo «el enfoque ordenado, metódico y quirúrgico del inconsciente».

El análisis de Fromm estuvo confiado a Hans Sachs, uno de los que los historiadores del psicoanálisis llaman los apóstoles, por la llamada de atención que sobre su lealtad formula el propio Freud en 1924: «Muchas veces se ha citado la secesión de antiguos discípulos contra mí como señal de mi intolerancia. Para responder basta con

señalar que, en contraste con quienes me han abandonado como Jung, Adler, Stekel y unos pocos más, existen muchos hombres como Abraham, Ferenczi, Rank, Jones, Sachs, Reich y otros que han trabajado conmigo durante 15 años en leal colaboración y en la mayoría de los casos en amistad ininterrumpida».

H. Sachs, que fue el prototipo de la vida intelectual judía vienesa, había estado insatisfecho de su vida de abogado y había formado parte del círculo de Freud durante nueve años, cuando en 1919, después de un ataque de tuberculosis, abandonó el derecho totalmente y decidió ejercer como analista profano (no médico). Como él mismo escribe: «había encontrado, al leer la interpretación de los sueños, la única cosa por la que valía la pena vivir para mí; muchos años después (1919) descubrí que también era la única cosa gracias a la cual podría vivir».

Freud había llegado a sentir enorme interés personal por Sachs que fue designado junto con Rank, Ferenczi, Abraham y Jones para formar parte de un comité secreto fundado por Freud antes de la primera Guerra Mundial, ya que le preocupaba extraordinariamente el futuro de su obra «estaba tan inquieto por lo que el populacho humano haría de él, cuando yo hubiera desaparecido».

El comité se reunió por primera vez como grupo a finales de la primavera de 1913: «El 25 de mayo de

1.913, Freud celebró el acontecimiento regalándonos a cada uno de nosotros una antigua talla griega, que después mandamos engastar en un anillo».

Sachs, que carecía de experiencia clínica y que como profeta —más que científico— que era, consideraba el psicoanálisis como una religión revelada, llegó a ser uno de los primeros que se dedicaron primordialmente a analizar a futuros psicoanalistas. Así escribió: «las religiones siempre han exigido un período de prueba, un noviciado, a aquellos de sus adictos que deseaban entregar su vida entera al servicio de lo sobrehumano... Puede verse que el análisis necesita algo correspondiente al noviciado de la Iglesia».

Finalmente, tres aspectos importantes de Sachs influirían sobre Fromm: el primero, lo informal de la relación didáctica en la que, por ejemplo, Sachs acostumbraba a llevarse de vacaciones a una caravana de aprendices (que también llevaban a sus pacientes); lo segundo era el interés de Sachs por la aplicación del psicoanálisis a los problemas culturales (escribió estudios literarios, una obra sobre Calígula y fundó con Rank la revista *Imago* especializada en los aspectos no médicos del psicoanálisis, y de la que Fromm sería colaborador; en tercer lugar, Sachs fue siempre un hijo en su relación con Freud, y Fromm recuerda de su psicoanálisis personal «que el sofá estaba colocado de tal modo, que el analizado se encontraba frente a un busto de Freud colocado sobre un pedestal de madera».

La evolución de Fromm

Todo parecía destinado para que Fromm continuase la labor metódica de su maestro, y sus primeras publicaciones en *Imago* y en la *Revista Internacional de Psicoanálisis* con contenidos religioso-culturales, son dogmáticamente freudianos y de una originalidad muy escasa: «Die Entwig und des Chisteng Dogmas», «Studie zur Social Psychologischen Funktion der Religion», «Der Staat als Enrichen». Sin embargo un primer motivo de ruptura con el instituto se va a producir con motivo de la admiración del matrimonio Fromm por Groddeck, habitualmente despreciado por todos los psicoanalistas de su medio. El entusiasmo de Groddeck por curar, la primacía de algunas formulaciones respecto al propio Freud (el término «das es», el ello), las primeras formulaciones sobre el substrato inconsciente de las enfermedades somáticas (lo que posteriormente sería la medicina somática) y la ampliación de la noción de Ie que precisó una corrección del propio Freud, cautivaron a Fromm y a su esposa que fueron distanciándose de las relaciones interpersonales exclusivistas del instituto.

En segundo lugar la influencia del joven Marx va a ir penetrando lentamente en los trabajos de análisis cultural, y así en el siguiente artículo en *Imago* (nº 18), «Politik und Psicoanal» y «Zur Psychologie der Vabre dreams», en la *Revista Internacional de Psicoanálisis*, hay ya una Ampliación de campo, en el sentido de prolongar la máxima freudiana «La historia de la civilización humana es la historia de la represión» hacia el propósito de



«encontrar la historia subterránea y prohibida de la civilización constituida como en la historia clínica individual, por el regreso de lo que ha sido rechazado o prohibido».

El final de esa ruta de diez años, en que ha sido más que discípulo fiel, compañero de viaje de los círculos psicoanalíticos, lo constituye un prólogo a los Manuscritos Económico-Filosóficos de 1914 de Marx, que aparece en varias ediciones seguido de una mitificada biografía del propio Marx, y que le lleva a integrarse al Instituto de «Investigaciones Sociales de Francfort».

El mismo Fromm da cuenta de su trayectoria intelectual, de su necesidad de romper con el campo freudiano para ampliar su perspectiva: «Tal vez sorprenda a muchos lectores, encontrar a un psicoanalista tratando problemas de Ética, y en particular asumiendo la postura de que la psicología no solamente debe desbancar juicios éticos falsos, sino que además de eso puede ser la base para la elaboración de normas válidas y objetivas de conducta». La contradicción con Freud es evidente y todo el libro (Ética y Psicoanálisis) es un ejercicio de estilo para no nombrar al «profesor», «esta tendencia está en contraste con la que prevalece en la Psicología Moderna, la cual enfatiza más la Adaptación que la Bondad, y es partidaria del relativismo ético».

Todo el edificio psicoanalítico se tambalea con esta introducción ética de Fromm: «la Neurosis misma es, en último análisis, síntoma de un fracaso moral (aunque la adaptación no es en modo alguno un síntoma de triunfo moral). Un síntoma neurótico es en muchos casos, la expresión específica de un conflicto moral y el éxito del esfuerzo terapéutico depende de la comprensión de la solución del problema moral de la persona... «Considerar los valores solamente como tantas otras racionalizaciones de los deseos irracionales inconscientes —aunque también puede ser eso— reduce la personalidad». El itinerario en el que se aparta Fromm del objeto de estudio analítico —lo inconsciente— y se abre a las relaciones más clásicas en psicología «el divorcio entre ÉTICA y Psicología es relativamente reciente, los grandes pensadores de la Ética Humanística fueron filósofos y psicólogos que creyeron que la comprensión de la naturaleza del hombre y la comprensión de valores y normas para su vida son interdependientes». Al final de este periplo, Fromm afirma: «La Psicología no puede divorciarse de la filosofía y de la ética, ni de la sociología ni la economía».

La ruptura con el Psicoanálisis es ya evidente: al presuponer que en Freud no hay ya implícita o explícita una ética, una sociología y una economía, llevan a Fromm, que no es un filósofo, a buscarlas de una forma un tanto precipitada que le hace incluso abandonar la psicología, y únicamente la influencia de Adorno y Horkheimer le hace volver a la psicología «verdadero talón de Aquiles del materialismo dialéctico». La problemática central que el joven Marx incita en Fromm es la tan vaporosa de la alienación y la crítica, de lo que él llama, el economicismo. «Según este punto de vista, los intereses económicos subjetivos, son causa de los fenómenos culturales... tal noción pseudomarxista llega a explicar el protestantismo como una mera respuesta a ciertas necesidades económicas de la burguesía». En ese sentido el nazismo y la emigración a EE. UU. van a mati-

zar aún más su «humanismo marxista», «el primer error de Marx sería la subestimación de las pasiones humanas, no reconocer que la naturaleza humana tiene sus necesidades y sus leyes propias que a veces lleva al hombre a la irracionalidad, al miedo a la libertad, al ansia de poder y a la destructividad».

Si el joven Marx es acogido con tantas reservas, el resto de la formación filosófica de Fromm es un auténtico cajón de sastre en el que cualquier intento, no ya de buscar coherencia sino de ordenar para un resumen, es poco menos que imposible, pues en él se encuentran continuas citas que van desde el pensamiento oriental de LAO-TSE, a Platón, Sócrates y Sófocles, del budismo Zen (sobre el que publica varios libros con el buda vivo) hasta los primitivos americanos Frenkdn y Lincoln. Un simple intento de buscar fuentes en dos libros de la época «Ética y Psicoanálisis» o «Psicoanálisis de la Sociedad Contemporánea» nos lo ilustra: en el prólogo de la primera aparece una larga cita del Protágoras de Platón, que va seguida de otras seis del mismo autor, y a continuación se encuentran por orden de aparición los siguientes autores: Sófocles, Sócrates, E. Kant Sartre, Goethe, Hohusei, Issacc Meier, etc. En la segunda, sólo el prólogo, aparecen Miqueas, Séneca, Rumi, Emerson.

La emigración a EE. UU. lleva a Fromm al instituto psicoanalítico de Washington, donde la influencia de Sullivan, para quien «la labor del psiquiatra es el estudio de las relaciones interpersonales» había llevado a Mead, Kardiner y Benedict al estudio antropológico y a la formulación de los *Culturel Patterns*, que son ampliamente criticados por Fromm, el cual se erige en líder del grupo analizando a varios de sus miembros: «con igual claridad rechazo aquellas teorías sociológicas que tienden a eliminar de modo específico los problemas psicológicos de la Sociología (como Durkheim), como aquellas escuelas que pretenden que la naturaleza humana no posee un dinamismo propio, y que los cambios psicológicos se deben entender como términos de desarrollo de nuevos hábitos, como adaptaciones a nuevas formas culturales, reduciendo lo psicológico a meras sombras de las formas sociales».

Frente a todo ello, Fromm va a imponer en el Instituto Psicoanalítico de Washington, una metodología de análisis característica ya de lo que se llamará desde él, culturalismo psicoanalítico, en el que la noción central será la de Adaptación Estática y Dinámica a los hechos sociales, híbrido de psicoanálisis, sociología y economía, que de forma tan rupestre ha ido construyendo Fromm en estos años.

Fromm contra Freud

En «Psicoanálisis de la sociedad contemporánea» va a remarcar Fromm desde el principio, el lugar de la ruptura con Freud: «Creemos que el hombre es primordialmente un ser social y no como lo supone Freud, auto-suficiente, y sólo en segundo lugar necesitado de mantener relaciones con los demás con el fin de satisfacer sus exigencias instintivas. En ese sentido, creemos, que la Psicología individual es esencialmente psicología social...»

El problema central de la psicología es la de la especial forma de conexión del individuo con el mundo y no el de la satisfacción o frustración de determinados deseos instintivos».

El esquema instintivo Freudiano es igualmente atacado por Fromm: «En esta polaridad está el meollo de la hipótesis de Freud sobre la existencia de un instinto de vida y otro de muerte. Para mí, los impulsos de avance y retroceso no tienen la misma fuerza dialógicamente determinada, sino que, normalmente el instinto vital de avance es el más fuerte y aumenta su fuerza relativa a medida que se desarrolla».

Igualmente las fases de desarrollo libidinal, la teoría del carácter, las fijaciones sexuales y prácticamente todo el edificio psicoanalítico, son radicalmente negados por Fromm, en esta larga cita:

«Freud —y sobre la base de sus escritos, Abraham, Jones y otros— ha supuesto que el niño experimenta placer en las llamadas zonas erógenas (boca y ano) en conexión con los procesos de alimentación y defecación y que debido a una excitación excesiva, a frustración o a una sensibilidad constitucionalmente intensificada, tales zonas erógenas retienen su carácter libidinal en años posteriores, cuando en el curso del desarrollo normal, la zona genital, debería haber adquirido una importancia psíquica superior.

Se supone entonces, que esta fijación a niveles pre-genitales, conduce a sublimaciones y a formaciones reactivas, que se transforman en elementos de la estructura del carácter. Así por ejemplo determinada persona puede poseer una tendencia a ahorrar dinero o a guardar otros objetos porque ha sublimado el deseo inconsciente de retener la evacuación. O bien es posible que espere poder lograrlo todo de otras personas y no por medio de sus propios esfuerzos porque está impulsada por un deseo inconsciente de ser alimentada, deseo que sublima en el de recibir ayuda, reconocimiento, etc.

Las observaciones de Freud son de gran importancia, pero este autor no supo darles una explicación correcta. Observó con exactitud la naturaleza pasional e irracional de estos rasgos de los caracteres anal y oral... concibió la relación causal entre las zonas erógenas y los rasgos del carácter, exactamente al revés de lo que ello es en realidad. El deseo de recibir pasivamente todo lo que se quiere obtener de una fuente exterior a la persona, se desarrolla en el carácter del niño como una reacción de sus experiencias con los demás. Si a través de tales experiencias el miedo llega a debilitar el sentimiento de su propia fuerza, se paraliza su iniciativa, si se desarrolla cierta hostilidad y luego la reprime, si al mismo tiempo su padre y su madre le ofrecen cariño y cuidado pero con la condición de someterse, toda esa constelación de circunstancias lo conduce a una actitud de abandono del dominio activo, dirigiendo todas sus energías hacia fuentes exteriores, de las que espera debería originarse oportunamente el cumplimiento de todos sus deseos y el hecho de que con frecuencia tales personas experimenten sueños o fantasías en los cuales se ven alimentados o cuidados, tiene su origen en que la boca se presta más que ningún órgano a la expresión de una acti-

tud receptiva de esta naturaleza. Pero la sensación oral, no es causa de la misma sino que por el contrario es la expresión de una actitud al Mundo manifestada mediante el lenguaje del cuerpo y lo mismo ocurre para la personalidad anal».

El concepto Freudiano de Placer y su teoría sexual, son igualmente contestadas por Fromm: «La de Freud es una psicología de la escasez, mientras que los actos libres o espontáneos son siempre actos de la abundancia.

En el sistema freudiano el placer es la satisfacción que resulta de la eliminación de una tensión dolorosa. Los fenómenos de abundancia —amor, ternura— no desempeñan ninguna función dentro de su sistema. No sólo limitó tales fenómenos, sino que también logró una comprensión limitada de hecho al que dedicó tanta atención: la sexualidad. En plena conformidad con su definición del placer, Freud vió en ella solamente el elemento de la conclusión fisiológica, y en la satisfacción sexual, el olvido de la tensión dolorosa. El impulso sexual, como fenómeno de abundancia y del placer sexual como goce espontáneo cuya esencia no reside en la eliminación de una tensión dolorosa no hallaron lugar alguno en su psicología».

La sociologización y el destrozado de los conceptos freudianos finaliza en Fromm con la reformulación del Edipo, la neurosis y la sublimación:

«la reacción natural del niño a la presión de la autoridad de los padres es la rebelión la cual es la esencia del Complejo de Edipo. Freud pensó, que el niño debido a su deseo sexual hacia la madre, se transforma en el rival de su padre y que el desarrollo neurótico consiste en el fracaso de poder contrarrestar de manera satisfactoria, la ansiedad arraigada en esa rivalidad.

Al señalar el conflicto entre el niño y la autoridad paterna y el fracaso del niño en resolver de modo satisfactorio este conflicto, Freud tocó la raíz de la neurosis.

Sin embargo en mi opinión, este conflicto no se suscita de modo primordial por la rivalidad sexual, sino que resulta de la reacción del niño frente a la presión, a la autoridad paterna, que en sí misma es una parte intrínseca de la Sociedad patriarcal. En tanto que en la autoridad social y paterna tienden a quebrantar su voluntad, espontaneidad e independencia, el niño, al no haber nacido para ser quebrantado, lucha contra la autoridad. La lucha por la libertad es para algunos niños más victoriosa que para otros; las cicatrices dejadas en el niño por su derrota en su lucha contra la autoridad irracional, se encuentra en la base de todas las neurosis».

Tras esta modificación del Edipo y la «Teoría General de la Neurosis», Fromm va a intervenir en la explicación freudiana de la producciones espirituales humanas, como producto de transformación del impulso sexual que se aleja de su fin inmediato. Como es sabido, Freud explica con este mecanismo desde las producciones más altas del arte —Miguel Angel, Goethe, Schiller— hasta los éxtasis religiosos, sentimientos oceánicos, que son en realidad regresiones al narcisismo primario.

Contra este mecanismo psíquico, se va a levantar

con especial indignación Fromm. «Freud sobre la base de su orientación instintiva y también de una profunda convicción de la maldad de la naturaleza humana se sentía dispuesto a interpretar todos los motivos ideales del hombre como originados en algo vil. Un ejemplo adecuado lo proporciona su explicación del sentimiento de justicia, como resultado de la envidia original que el niño experimenta a todos los que tienen más que él.

Como hemos señalado anteriormente, creemos que ideales como los de libertad y verdad, representan tendencias genuinas y que todo análisis que no tenga en cuenta estos impulsos como factores dinámicos, se halla destinado al fracaso. Estos ideales no poseen ningún carácter metafísico, sino que se hallan arraigados en las condiciones de la vida humana y pueden ser analizados como tales».

En un párrafo dice: «Es tarea de la psicología, en tanto ciencia empírica, la de estudiar la motivación por los ideales, así como los problemas morales con ella relacionados, liberando por este medio nuestro pensamiento de todos los elementos no empíricos y metafísicos, que oscurezcan tales cuestiones».

La revancha freudiana: Marcuse contra Fromm

La crítica de Marcuse a Fromm es una defensa de la potencialidad crítica que poseen los conceptos freudianos. Esta crítica, si bien aparece dispersa a lo largo de toda su obra, se formaliza en críticas nominales a Fromm en el último capítulo de *Eros y Civilización*.

En ella se contestan a todos los argumentos culturalistas, pero el más popular de la Escuela, Erich Fromm, es quien recibe la crítica más rigurosa, la cual se inicia con una puesta en su lugar con un contestar al ¿qué aportan a los conceptos freudianos las teorías interpersonales de Sullivan?... Puede servir como punto de partida para ejemplificar la declinación de la teoría en las Escuelas Revisionistas. En Fromm aparece una elaboración de lo obvio, de la sabiduría popular, luego la adición de conceptos sociológicos, los cuales aparecen en Freud y son desarrollados en función de los conceptos básicos, mientras que en los revisionistas brotan como incomprensibles factores externos». En otro pasaje «el mejoramiento revisionista a la parcialidad de Freud, es una confusa eliminación de su concepción teórica fundamental».

Esta teoría fundamental es la que va a defender punto por punto, de los revisionistas, H. Marcuse. «El rechazo revisionista del instinto de muerte, es acompañado de un argumento que en realidad parece señalar las implicaciones reaccionarias de la teoría freudiana. Según ellos «El Tanatos, paraliza cualquier esfuerzo por investigar en las condiciones culturales específicas, las razones que provocan la destructibilidad. Paralizan también los esfuerzos por cambiar cualquiera de estas condiciones. Si el hombre es inherentemente destructivo y por consecuencia infeliz, ¿para qué luchar por un futuro mejor?. El argumento revisionista, minimiza el grado en el que la



teoría freudiana, los impulsos son modificables, están sujetos a las vicisitudes de la Historia. La realización de un futuro mejor, implica tanto, un cambio en lo instintivo como en las estructuras culturales. Su paralización no viene del conocimiento por parte de Freud de estas implicaciones, sino por la espiritualización neofreudiana que cubre el agujero que separa el presente del futuro».

A la deserotización del psicoanálisis que hace Fromm, dirige duros ataques Marcuse. «Compárese El SERMON de Fromm sobre el amor con las observaciones de Freud» «no hay lugar en la vida dentro de la civilización actual para el amor simple y natural entre dos seres humanos». Para Freud, en nuestra cultura el amor es practicado como una sexualidad inhibida. Pero para los revisionistas, el amor, la felicidad y la salud emergen en gran armonía; la civilización no ha provocado entre ellos ningún tipo de conflictos, que la persona madura no pueda resolver sin mayores prejuicios».

Tampoco en el problema de las neurosis, en las que evidentemente la Escuela Culturalista aventaja a Marcuse en conocimientos prácticos, por ser casi todos sus miembros grandes clínicos, pueden evitar una crítica a fondo. «La neurosis aparece también por esta devaluación de los instintos, como un problema moral y se hace al individuo responsable del fracaso de su realización personal. La falta de armonía entre la Sociedad y el individuo se cita y es abandonada»... «De acuerdo con Fromm, el impacto negativo de la Sociedad sobre el individuo, es más serio que en Horney, pero esto es sólo un pretexto para practicar el amor productivo y el pensamiento pro-

ductivo. Y mientras el dato clínico de la neurosis, llega a ser el último análisis UN SINTOMA DE FRACASO MORAL, la cura psicoanalítica del espíritu, se convierte en educación de acuerdo con una actitud religiosa».

En la reconversión cultural del Edipo por Fromm, ve Marcuse una separación absoluta, ya en definitiva del freudismo, la inversión de la dirección interior de la teoría freudiana. En ningún lado llega esto a ser tan claro como en la nueva interpretación de Fromm del Complejo de Edipo, que trata de trasladarlo de la esfera del sexo, al de las relaciones interpersonales. La clave de este intento, es que la esencia del deseo incestuoso, no es el impulso sexual, sino el deseo de permanecer protegido y seguro.

Dice Fromm: «El feto vive con y de la madre, y el acto del nacimiento, es sólo un paso en la dirección de la libertad y la independencia». Es verdad —contesta Marcuse— «pero la libertad y la independencia que deben ser generadas, están en todo caso infectadas por la necesidad, la resignación y el dolor».

La interpretación ideológica de Fromm del Complejo de Edipo, implica la aceptación de la infelicidad en la libertad, de su separación de la satisfacción y la seguridad. La teoría de Freud, implica que el deseo edipiano es eterna protesta infantil contra esa separación. Una protesta dirigida no contra la libertad sino contra la libertad doloroso-represiva. Y a la inversa, el deseo edipiano, es el eterno deseo infantil por el arquetipo de la libertad: la liberación de la necesidad. Y por tanto el instinto sexual es el portador ideológico de este arquetipo de la libertad, el deseo edipiano es esencialmente, «impulso sexual». Su objeto natural no es simplemente la madre, en cuanto que madre, sino la madre en cuanto mujer; el principio femenino de la gratificación. La exposición cultural del Edipo, le parece entonces a Marcuse, una forma defensiva de la Sociedad, ante un instinto liberador y su conversión en un problema esencialmente educacional. Como tal, puede ser tratado sin exponer las razones instintivas peligrosas para la Sociedad.

La necesidad que nosotros reflejábamos en la obra de Fromm, de llegar a la Ética y a la Religión, son vistas por Marcuse como falsas necesidades no nacidas de un pensamiento dialéctico, sino como escapadas, como salidas por la vía falsa de una contradicción, que en lugar de resolverse dialécticamente en una síntesis se ha diluido. Al respecto escribe Marcuse: «El escape desde el Psicoanálisis hasta la Ética y la Religión internalizadas, es la consecuencia de la revisión de la teoría psicoanalítica. Si la «herida» en la existencia humana, no opera en la constitución biológica del hombre, y si no es provocada y mantenida por la misma estructura de la civilización, la profunda dimensión es sacada de debajo del psicoanálisis y los conflictos (ontogénicos y filogenéticos) entre las fuerzas pre y supraindividuales, apareciendo como un problema entre la conducta racional e irracional, moral e inmoral de los individuos conscientes.

La acusación final de Marcuse a la Psicología Culturalista que sintetizan las anteriores, es la de haber sufrido en realidad una regresión a la psicología pre-freudiana, a

la psicología consciente, lo que es más, en el proceso de algunos de los más decisivos conceptos de Freud (la relación del id y del ego, la función del inconsciente, el alcance de la sexualidad, fueron redefinidos de tal manera, que sus explosivas connotaciones quedaron completamente eliminadas.

«La profunda dimensión del conflicto entre individuo y su Sociedad, entre la estructura instintiva y el campo de la conciencia, fue allanada. El psicoanálisis, fue neorientado hacia la tradicional psicología consciente, de textura prefreudiana».

Según Marcuse, además esta orientación ha sido falsa siempre que se ha intentado, cualquiera que sea la motivación que se utilice. Así Reich, que en el aspecto ideológico y personal, tiene tantas afinidades con Marcuse, es juzgado en su intento de modificar a Freud, muy duramente: «La liberación sexual que llega a ser para Reich una panacea para los males individuales y sociales... y el que el progreso en la liberación aparece como una mera liberación de la sexualidad... prevalece un restante primitivismo, que anticipa las salvajes y fantásticas ocurrencias de los últimos años de Reich.

De esta forma vamos a llegar —por el análisis de los mejores clínicos del freudismo— a los que Marcuse considera el «trastorno de base», del que parten todos los errores revisionistas y que van a radicar precisamente en la clínica. Freud se daba perfecta cuenta de la discrepancia entre teoría psicoanalítica y práctica psicoanalítica, reconociendo que en último término, la enfermedad del individuo, es en última instancia provocada y sostenida por la enfermedad de la civilización. La TERAPIA PSICOANALITICA aspira a curar a ese individuo para que pueda seguir funcionando como parte de esta civilización sin someterse a ella al mismo tiempo. La aceptación del principio de realidad, con la que termina la terapia psicoanalítica, significa para el individuo la aceptación de la realimentación civilizada de sus necesidades instintivas, de modo especial en el terreno de la sexualidad.

En la teoría de Freud la civilización aparece como establecida, en contradicción con los instintos primarios y con el principio del placer. Pero el último sobreviene en el id y el ego civilizado debe de pelear contra su propio pasado. La diferenciación entre salud y neurosis consiste solamente en el grado y la efectividad de la renunciación, pues tanto la neurosis como la psicosis, son una expresión del id contra el mundo externo.

Frente a esta contradicción creadora y productiva de Freud, los revisionistas van a intentar no superar los dos términos antagónicos teoría-práctica, sino rodear la contradicción.

Una crítica como la que Marcuse hace de los culturalistas, no podía, dada la enorme cota de popularidad que alcanzó, ser pasada sin respuesta por los integrantes de dicha Escuela, sin riesgo de ser quebrados en cuanto tal Escuela, y así la publicación de Eros y Civilización, trajo consigo una serie de artículos defensivos por parte de Fromm, en cuanto ideólogo de los culturalistas, y hombre sobre el que apuntaban la mayoría de argumen-

tos críticos, ya que Horney o Thompson podían refugiarse detrás de su trabajo clínico.

Es así como tras los enfrentamientos en el Congreso de la Unesco sobre el Centenario de Marx y las polémicas en Yugoslavia, entre estos dos pensadores sobre humanismo publica Fromm en 1969 un artículo titulado «Implicaciones Humanas del Izquierdismo Instintivista». El subtítulo del artículo revela la intencionalidad del mismo «Una respuesta a Marcuse».

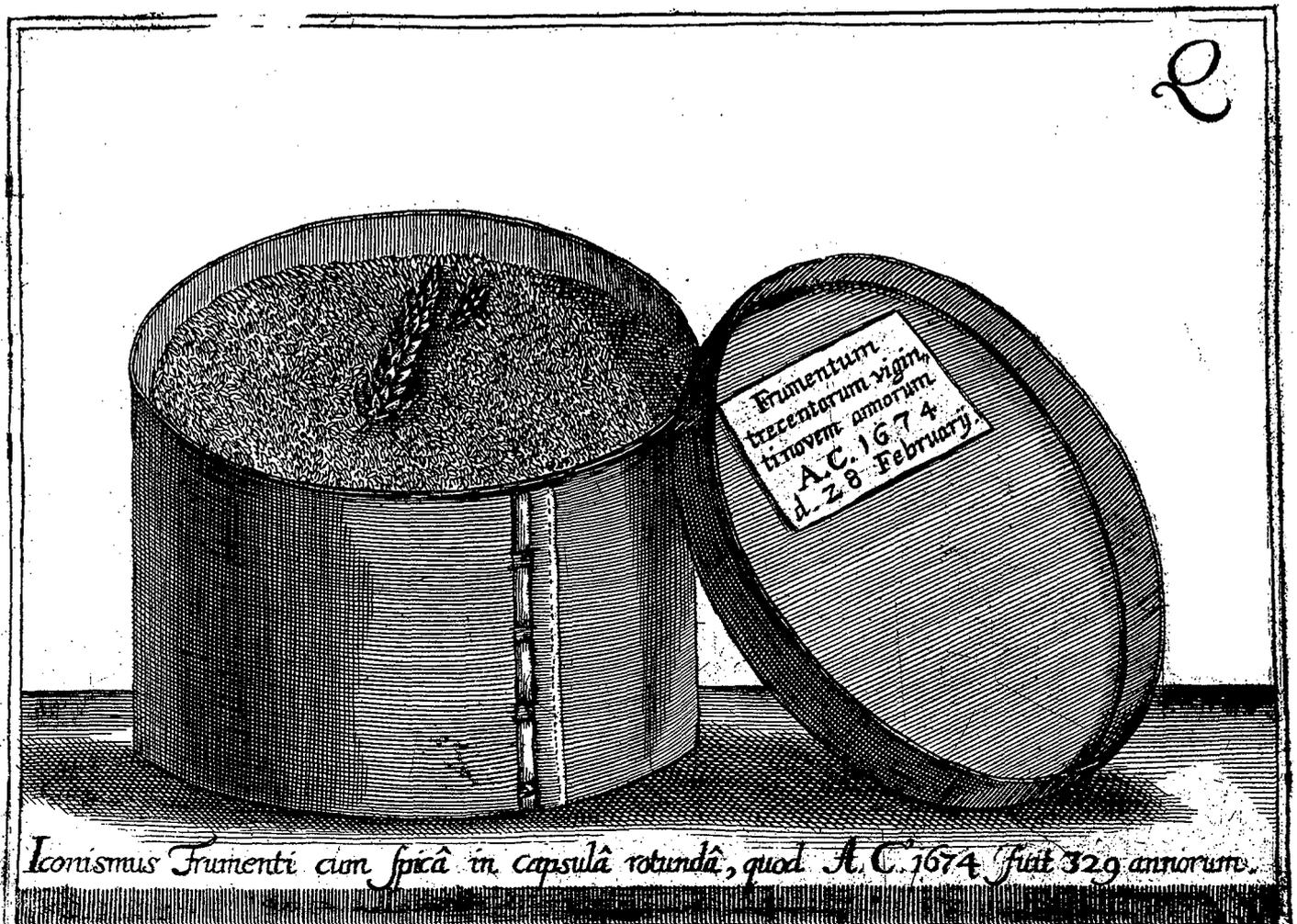
Lo primero que Fromm intenta en su defensa es individualizarse de la Escuela a la que pertenece y en ese sentido hace una crítica al estilo Marcusiano, que le mete en una especie de cajón de sastre o Escuela Arquetípica. «El método de Marcuse que incluye a diferentes autores revisionistas en la misma categoría... A través de esta amalgama Marcuse llega al deplorable resultado de citar a Horney y Sullivan, todas las veces que no puede citar extractos de mis escritos para fundamentar sus argumentos».

Esta independencia de Fromm con relación de la Escuela Culturalista es real y está sistematizada por el propio Fromm, en su libro «La sociedad Sana» en que sintetiza todas sus diferencias con Sullivan y Horney. Sin embargo esta generalización marcusiana en el sentido de integrarlo en el cuadro referencial de los culturalistas, si

puede calificarse de reductiva, está refrendada por historiadores del psicoanálisis como Clara Thompson, que también incluye a Fromm en los pilares de la Escuela Culturalista.

Tras esta defensa formal, va a comenzar Fromm por una reconsideración de su postura frente a Freud, ante la nueva formulación que de él hace Marcuse. La primera discusión que plantea es sobre la capacidad crítica del freudismo y en esto quizás, si existe una variación con relación a sus posturas anteriores. Afirma Fromm: «Freud era un crítico de la Sociedad, pero su crítica no era de la Sociedad capitalista contemporánea, sino de la civilización en tanto tal». El progreso freudiano con esta hipótesis, va a ser lo que concluirá Fromm en su análisis, conducirá no al progreso humano sino al nihilismo.

En la valoración de Freud va a introducir seguidamente Fromm, para demostrar su reaccionarismo, los precedentes freudianos. «Por esquematizar de alguna forma las tres fuentes que conducen a Freud, serían las especulaciones antropológicas del siglo XIX, Darwin y los economicistas clásicos de igual siglo. Su concepto del hombre (se refiere a Freud) se basa en especulaciones antropológicas del siglo XIX que suponen al hombre natural tal cual sale del molde de la civilización, a tal punto que se presenta al capitalismo como la forma de la Sociedad que responde a las necesidades de la naturaleza



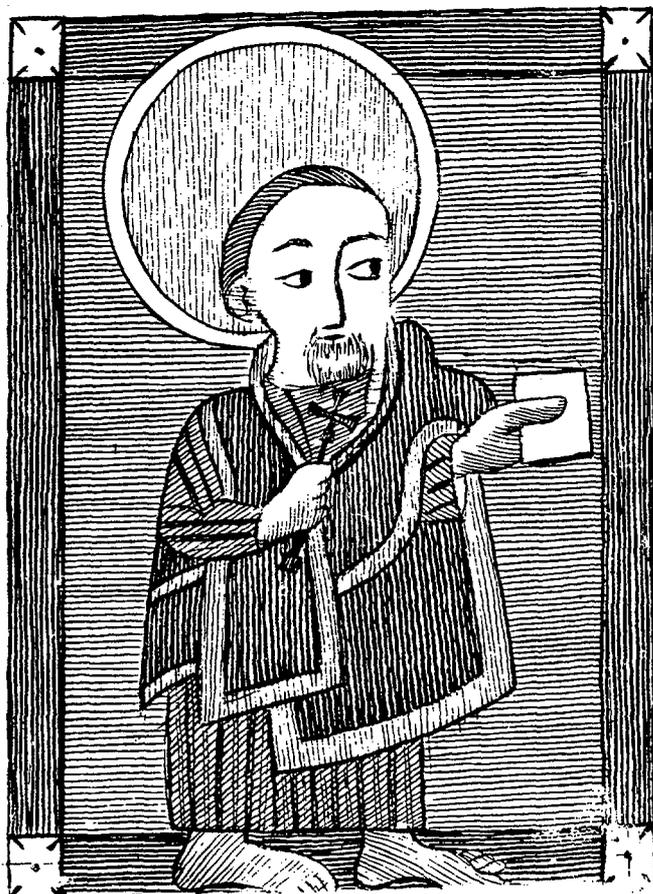
humana. Dicha naturaleza es competitiva, agresiva, egoísta... En el terreno de la Biología, es lo que demostraba Darwin con el concepto de supervivencia del más apto, y en el campo de la Economía, es lo que demostraban los economistas. En su psicología Freud expresa la misma confesión con su pregunta «homo homini lupus» ¿quién tendrá valor de discutir esto ante todas las pruebas que encontramos en la misma vida y en la propia Historia?

Tras esto Fromm va a devolver a Freud un adjetivo usado por Marcuse en su crítica de la cultura del siglo XX: el de unilateral. «¿Es esto una teoría radical (la de Freud), una crítica radical de la Sociedad alienada? Sólo en un punto formula Freud una crítica específica de la Sociedad contemporánea, la que se refiere a la moral sexual excesivamente estricta, que tuvo como consecuencias la aparición de un montón de neurosis muy superior al necesario. Esta crítica no se preocupa en absoluto de la estructura socioeconómica de la Sociedad sino únicamente por su moral sexual, con lo que participa de la misma actitud tolerante que encontramos en la Educación, la Criminología y la Psiquiatría modernas».

Tras este repaso por los condicionamientos ideológicos de Freud, su siguiente análisis —el de Fromm— se refiere a la teoría instintiva, que desde la primera página de este trabajo hemos considerado piedra angular de la teoría y caballo de batalla fundamental para este esquema EROS-TANATOS y a su defensa marcusiana dirige Fromm su crítica, que de modo curioso se dirige más a sus influencias que a sus contenidos.

«La segunda premisa de Marcuse, es la hipótesis de que la teoría freudiana de los instintos, es una teoría radical porque es materialista y va a la raíz de las cosas. El hecho de que Marcuse cometa el error de llamar radical a una teoría procedente del mismo espíritu que el materialismo burgués del siglo XIX me deja estupefacto. Como pueden comprobarlo los que han leído la biografía escrita por Jones, Freud estuvo profundamente influenciado por los fisiólogos materialistas, Brucke, Du Bois, Reymod y otros. Según ellos todos los fenómenos humanos clave son de carácter físico-químico y eso sobre esta base, sobre la que se halla constituida la teoría freudiana de la libido. Este tipo de materialismo, había sido superado por el materialismo histórico de Marx, para quien la personalidad total en sus relaciones con la Naturaleza y con los demás miembros de la Sociedad, constituye el punto central a partir del cual se explican las transformaciones sociales e históricas». Por así decirlo, mientras los precusores de Freud son la reacción, yo —viene a decir Fromm— he bebido en las aguas del más puro pensamiento de Marx.

Tras estos antecedentes —dice Fromm— no es de extrañar «que el freudismo tenga una especie de Sociedad Ideal muy parecida a la que Huxley describe en «Un mundo Feliz» y que parcialmente se cumplen en la Sociedad actual. El principio que impone que el amor se identifique con el deseo sexual y el concepto según el cual la emancipación del hombre, reside en la satisfacción total y no reprimida de su deseo sexual, son de hecho ingredientes del cimiento que asegura la cohesión de los hombres en la fase actual del capitalismo».



«Al principio de siglo, la ideología de Freud es reformista. Concebida en la actualidad como una teoría radical sería no haber extraído ninguna enseñanza de la Sociedad en el curso de los últimos 30 años».

Tras estos prolegómenos críticos al modelo freudiano en el que se basa Marcuse, pasa Fromm a revisar de forma crítica, a donde le conduce su purismo freudiano y a defenderse de la acusación de regresión a la época consciente prefreudiana. «Mi propio trabajo (el de Sullivan y en gran parte de Horney), está centrado en el conflicto entre el inconsciente y sus inclinaciones conscientes. Si se supone que existe identidad entre el inconsciente y las tendencias sexuales, se podría ser tan ciego como para admitir que toda teoría, que no conciba el instinto sexual como la única fuerza directriz, no tiene en cuenta el inconsciente».

Igualmente imputa Fromm ignorancia e incompreensión a Marcuse al silenciar uno de sus conceptos claves. «Marcuse no se refiere a uno de los conceptos claves de mis escritos desde 1.952 hasta la fecha, el concepto de CARACTER SOCIAL... cuya función es modelar y analizar la energía humana en el interior de una Sociedad dada, con vistas a mantener el funcionamiento de dicha Sociedad».

Creemos que con este argumento Fromm lo que quería era acercarse a la desublimación represiva marcusiana y marcar al mismo tiempo que las diferencias, los puntos de coincidencia o más aún de influencia del propio Fromm sobre Marcuse.

La última grave diferencia que los separa, son las consecuencias sociológicas, o al menos el papel crítico que las tesis de cada uno representan para nuestra Sociedad. «Más importante sin embargo es el argumento central de Marcuse que consiste en decir que hablar de amor, de fuerza interior, de integridad, etc... es hablar a nivel ideológico. Sólo el instinto sexual sería el sustrato de realidad que subyace a la estructura ideológica del amor». Esto naturalmente, va a interesar a Fromm, no sólo en un terreno teórico, sino fundamentalmente en el terreno práctico. «Según las tesis marcusianas curar a un hombre, es decir convertirlo en un hombre íntegro y capaz de ser feliz, es conducirlo al martirio o a la locura... pongo permanente el énfasis sobre el hecho de que la felicidad, el amor, tal como los define, no son las mismas virtudes que lo que hoy se llama felicidad y amor en la sociedad alienada. Pero hay un largo trecho entre éste y la afirmación de que sólo un mártir o un psicópata pueden conocer la integridad». En este párrafo creemos sí da una respuesta correcta Fromm, al hacer ver un vicio habitual, en la crítica marcusiana: la traslación de un significante, desde una estructura completa (en este sentido la obra de Fromm lo es) a su significado en otra estructura, el lenguaje coloquial. Es así entonces que términos como amor, felicidad, etc., cambian radicalmente de significado.

Es por esto por lo que Fromm ve en la misma base del marcusianismo el nihilismo, y en ese sentido va a intentar él también reducir la teoría marcusiana. «Para Marcuse, quien quiera que estudie las condiciones requeridas para la felicidad y el amor traiciona el pensamiento radical. Todo aquel que intente ayudarse asimismo y de ayudar a los demás a realizar en cierta medida estos objetivos, si no es un mártir o un imbécil, es un compañero del Pastor Priestley». En otro párrafo intenta igualar este nihilismo con la actitud acrítica y conformista, en cuanto que la teoría marcusiana, al interpretar la Sociedad actual como estructurada tan rígidamente, que es incambiable, abandona la prédica marxista. «Lo importante no es interpretar el mundo, sino cambiarle» y escribe Fromm: «Puesto que toda mejora de la condición humana dependerá de modificaciones simultáneas en las esferas de la Economía, la Política y la Caracteriología Humana, una teoría que adopta una postura nihilista hacia el hombre, no podrá ser una teoría radical».

Quedan pues, creemos, cerrados así los pensamientos de ambos en sus coincidencias y contradicciones perfectamente articulados. Sinterizándolos: Mientras Marcuse investiga un objeto de estudio no práctico sino teórico, un cuerpo de doctrina pura y muy bien construida, le va a servir de medio de investigación para un análisis más correcto y lo más que tendrá que realizar es actualizar o rejuvenecer por así decirlo, algún mecanismo freudiano, para describir la Sociedad actual e interpretarla de forma crítica. Sus ataques al revisionismo lo serán por deteriorar un método de análisis al disminuir sus posibilidades de uso crítico.

Frente a este teoricismo marcusiano, que renuncia a dar soluciones tanto en el terreno médico-analítico, como en el sociológico, los culturalistas y de modo especial Fromm, tienen urgencia de actuar. Su objetivo de

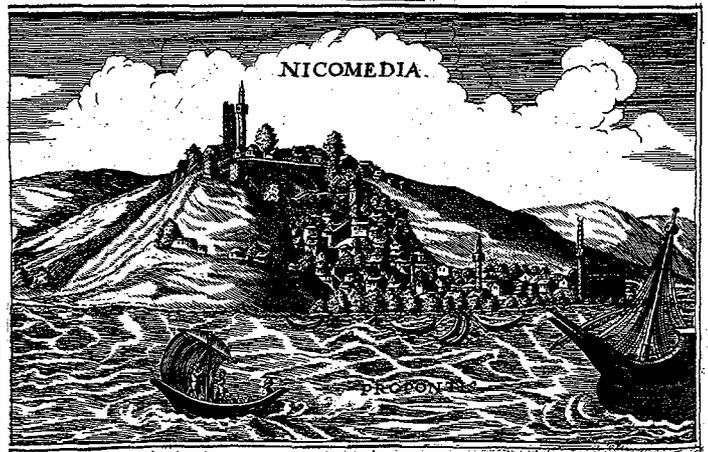
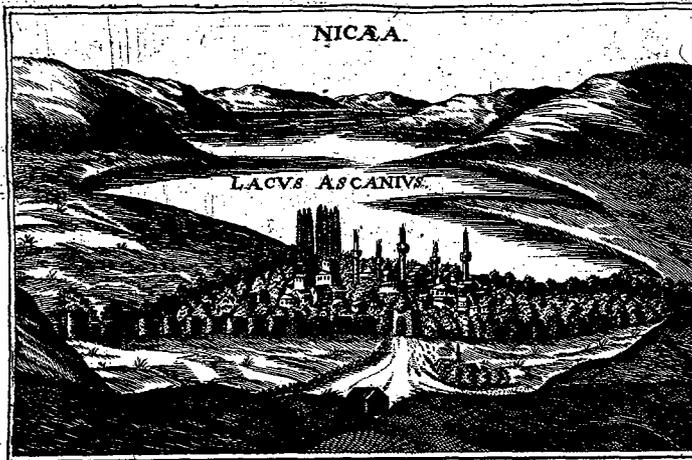
estudio es siempre concreto: el individuo o la Sociedad, pero ambos de carne y hueso y además con un voluntarismo transformador y de ahí su método de análisis. «El nuevo Psicoanálisis o Psicoanálisis Humanista, debe estar libre de todo concepto no empírico» —al que califican de irreal o metafísico— libre también de cualquier otro carácter utópico que implique conclusiones poco prácticas. Esto mismo creo, expresé en una especie de balance, Fromm, en un artículo del «Marcuse Polémico» con el que deseamos terminar este apartado: «pienso como Marcuse, que la Sociedad capitalista contemporánea, es una Sociedad alienante. Por consiguiente una sociedad en la que los objetivos humanistas de la vida, la felicidad y la individualidad se realizan muy raras veces.



Pero estoy en absoluto desacuerdo con él, cuando pretende que en consecuencia dichas cualidades no existen en nadie, que el análisis de su naturaleza y de las condiciones de su desarrollo, es ideológico y que estimular su práctica es predicar la adaptación».

La muerte de Fromm se produce tras esta serie de muertes simbólicas en el sentido de ir siendo excluido de Instituciones hasta quedarse durante la década del 1970-80 prácticamente sin lugar teórico. Su trayecto ideológico es en ese sentido ejemplar, contra los intentos colectivistas de amalgamar teorías: excluido de la práctica psicoanalítica ortodoxa (la asociación internacional de psicoanálisis envió a Drover al Chesnut Lodge Hospital para descalificar a Fromm respecto a las psicoterápicas psicoanalíticas). Quedan igualmente fuera de la antropología psicoanalítica confiada a la autoridad de Roheim que con su rígido reduccionismo psicologista desprecia cualquier explicación socio-económica (las tribus australianas que viven al borde de la muerte por hambre y en cambio son felices y sin miedo a nada son explicados únicamente por «la seguridad que reciben de su madre» en los estudios de este autor.

Despachado por la escolástica soviética con una breve condena de rigor (S.L. Rubinstein a la sazón presidente de la Academia de Ciencias de la URSS sintetiza así el pensamiento de Fromm: «el tomimismo intenta aumentar el caudal de sus ideas psicológicas uniéndose al freudismo»), su búsqueda de espacio teórico quedaba reducido al «humanismo radical» del que igualmente fue apartado por la crítica marcusiana que hemos recogido y falto de atractivo para la pequeña fracción del marxismo occidental interesado por el psicoanálisis que orienta sus opciones en Politzer y Althusser por las reformulaciones guesálticas o lacanianas del psicoanálisis. Los últimos años de Fromm han sido la constatación de una falta de resonancia de la que la muerte física ha sido el final.



Bibliografía

1) Referencias del artículo

- Adorno T.W.: La Personalidad Autoritaria. Ed. Proyección. 1951.
 Brome A.: Les premiers disciples de Freud. Ed. Alcuil. París. 1960.
 Brown, N.: Freud y los postfreudianos. Alianza Universidad. Mad. 1970.
 Castilla del Pino, C.: La inflexión del pensamiento de Marcuse en la antropología freudiana. Ed. Península. Barcelona. 1971.
 Fages, W.: Historia del psicoanálisis después de Freud. Ed. Jorge Alvarez. B.A. 1974.
 Freud, S.: Autobiografía. Obras Completas. Tomo II. Ed. Biblioteca Nueva.
 Fromm, E.: El miedo a la libertad. Ed. Paidós. Buenos Aires, 1959.
 Fromm, E.: Ética y Psicoanálisis. Ed. Fondo de Cultura Económica. México, 1960.
 Fromm, E.: Psicoanálisis de la Sociedad Contemporánea. Fondo de Cultura E. México, 1965.
 Fromm, E.: El Arte de Amar. Ed. Paidós. Buenos Aires, 1966.
 Fromm, E.: Humanismo Socialista. Ed. Paidós. B.A. 1965.
 Fromm, E.: La Condición Humana. Actual. Ed. Paidós. B.A. 1969.
 Fromm, E.: El Lenguaje Olvidado. Ed. Paidós. B.A. 1965.
 Fromm, E.: ¿Podrá sobrevivir el hombre?. Ed. Paidós. B.A., 1970.
 Jacoby: Les premiers psychanalystes. Minutes de la société psychanalytique de Vienne. Tomo I. 1.906-1.908. Bounenal. París. 1970.
 Marcuse, H.: Eros y Civilización. Ed. Seix Barral. Barcelona, 1969.
 Marcuse, H.: El envejecimiento del Psicoanálisis. Ed. Jorge Alvarez. B.A. 1972.
 Marcuse, H.: Psicoanálisis y Política. Ed. Península. Barcelona, 1972.
 Marcuse, H.: Notas para una nueva definición de la cultura. Ed. Ariel. Barcelona, 1970.
 Marcuse, H.: El individuo en la gran sociedad. Ed. Ariel. Barcelona, 1972.
 Marcuse, H.: La idea del progreso a la luz del psicoanálisis. Ed. Seix Barral. Barcelona, 1970.
 Mandolini, A.: De Freud a Fromm. Ed. Senil. París, 1956.
 Pontalis, P.: Después de Freud. Ed. Nueva Visión. B.A., 1973.
 Thompson, C.: El nuevo psicoanálisis. Ed. F.C.E. México, 1962.

2) Otras Obras de Fromm

- Marx y Freud. Ed. Herder. Barcelona, 1965.
 La Familia: Barcelona, 1972. Ed. Península.
 El corazón del hombre: Ed. Paidós. B.A., 1961.
 Psicoanálisis y religión: Ed. Fondo de Cultura Económica. México, 1965.
 Budismo zen y psicoanálisis: Ed. Paidós B.A., 1971.
 Socio psicoanálisis del campesino mexicano: F.C.E., 1973.
 Tener o Ser: Ed. Siglo XXI. Argentina, 1978.
 La revolución de la esperanza: Ed. Paidós. B.A. 1977.
 La crisis del psicoanálisis: Ed. Paidós. B.A., 1965.
 El dogma de Cristo: F.C.E., 1955.

- Y seréis como dioses: Ed. Paidós. B.A., 1966.
 Grandezas y limitaciones del pensamiento de Freud: Ed. Siglo XXI. Argentina. 1976.
 El amor y los amantes: Ed. Paidós. B.A., 1968.
 Agresión y carácter: Ed. Jorge Alvarez. 1976.
 Anatomía de la destructividad humana: Ed. Siglo XXI. 1978.
 El hombre por él mismo: Ed. Nueva Visión. Argentina. 1970.

3) Sobre E. Fromm

- Basabe, J.: Síntesis del pensamiento de E. Fromm. Ed. Sígueme. Salamanca, 1970.
 Caparros N.: El carácter social según E. Fromm. Ed. Fundamentos. Madrid. 1975.
 Fraenkel, B.: E. Fromm. Ed. Alcran. París, 1975.
 Landis-Tamber: E. Fromm: Psicoanálisis y Sociedad.

4) Sobre historia del psicoanálisis

- Ellenberger, H.: El descubrimiento del inconsciente. Ed. Morata. Madrid, 1965.
 Federn: Las reuniones de los miércoles. Actas de la Sociedad Psicoanalítica de Viena. Tomo I, II, III. Ed. Nueva Visión B.A., 1960.
 VARIOS: Historia del Psicoanálisis. Paidós, 1970.
 Vol. 1. Abraham, Ferenczi, Rank, Eitingon, Jung, Adler.
 Vol. 2. Jones y Federn.
 Vol. 3. Hitschmann, Pfister, Sachs, Woolf, Brill, Jelliffe.
 Vol. 4. Tausk, Rado, Reik, Freeman-Sharpe, Roheim, Deutsch, Groddeck.
 Vol. 5. Starke, Meng, Zulliger, Aichorn, Klein, Simmel, Alexander, Bonaparte.
 Vol. 6. Bernfeld, Reich, Fenichel, Horney, Schilder, Hartmann, Kris.
 Vol. 7. Glover, Friedlander.

5) Sobre Psicoanálisis y Antropología

- Abraham, K.: Rêve et Mythe. Ed. Senill, París, 1958.
 Bettelheim, H.: Medidas simbólicas (los ritos de pubertad). Ed. Península. 1978.
 Laplantine, G.: Introducción a la etnopsiquiatría. Ed. Seix Barral. Barcelona, 1975.
 Mendel, G.: Antropologie differentielle. Vers une anthropologie psychanalytique. Ed. Senill. París, 1974.
 Mneusterberger, W.: L'antropologie psychanalytique depuis Totem et Tabou. Ed. Alcrom. París, 1970.
 Roheim: La panique des Dieux. Ed. Felman. París, 1956.
 Roheim: Magie et Schizophrenie. Ed. Felman. París, 1959.
 Roheim: Heros Phalliques. Ed. Felman. París, 1964.
 Roheim: Les portes du rêve. Ed. Senil. París, 1968.
 Roheim: Psicoanálisis y antropología. Ed. Ariel. Barcelona, 1975.